

# El cementerio de Barnes

Gabriel Josipovici

Traducción de  
José Luis Amores



Pálido Fuego

Queda prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en la ley, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento.

Título original: *The Cemetery in Barnes*

Autor: Gabriel Josipovici

Diseño, maquetación y cubierta: Editorial Pálido Fuego S.L.

© 2018, Gabriel Josipovici

© 2021, José Luis Amores, por la traducción

© 2021, de la presente edición en castellano para todo el mundo:

Editorial Pálido Fuego S.L.

C/ Charlot, 13. 29016 Málaga

[www.palidofuego.com](http://www.palidofuego.com)

*Primera edición: abril de 2021*

Printed in Spain – Impreso en España

ISBN: 978-84-122451-4-1

Depósito legal: MA 417-2021

Impresión: Gráficas La Paz

[www.graficaslapaz.com](http://www.graficaslapaz.com)

*En memoria de Bernard Hoepffner,  
querido amigo, el mejor de los traductores*



*«Estoy paralizado. El cielo es de hierro,  
y yo me siento de piedra.»*

Carta de Hölderlin a Schiller,  
septiembre de 1795



Había vivido en París muchos años. Más, solía decir, de los que quería recordar.

Cuando mi primera mujer murió, explicaba, ya no parecía haber motivos para seguir en Inglaterra. Por tanto se trasladó a París, donde se ganó la vida traduciendo.

Lo hermoso del oficio de traductor, decía, es que puedes trabajar en cualquier sitio sin jamás tener que ver a quien te paga. Una vez acabado un libro lo envías y cuando proceda recibes el resto de tus honorarios. Entretanto, ya has comenzado el siguiente.

Estaba chapado a la antigua, aún se ponía chaqueta y corbata antes de sentarse a trabajar, y abrigo y sombrero para salir. Ni en pleno verano parisino pisaba la calle sin su sombrero. A mi edad, decía, es demasiado tarde para cambiar. Además, soy un animal de costumbres, siempre lo he sido.

Vivía en un apartamento de la última planta de un edificio de paredes desconchadas de la rue Lucrèce, a espaldas del Panteón. La entrada se hacía por una calleja oscura, la rue Saint-Julien, y

una empinada escalinata que terminaba justo delante del edificio. Había, por supuesto, otras maneras de acceder, pero esa era la que él usaba normalmente. Era la vía que, en su mente, conectaba su pequeño piso con el mundo exterior.

Desde su mesa, si estiraba el cuello, alcanzaba a ver la gran cúpula del Panteón por el tragaluz. Todas las mañanas, ya fuera verano o invierno, se levantaba a las seis, echaba un rápido vistazo para asegurarse de que el monstruo seguía ahí, se afeitaba, se vestía, se preparaba un desayuno ligero, y a las siete y cuarto ya estaba trabajando. No lo dejaba hasta las once, cuando se colocaba el sombrero y el abrigo y descendía al mundo de abajo. Se detenía en la esquina a tomar un café, adquiría las pocas cosas que necesitaba, compraba un periódico y almorzaba un bocadillo y una cerveza en un café cercano. A la una y media volvía a sentarse ante la mesa, donde trabajaba hasta las cuatro, hora en que ponía fin a la jornada.

Ese era su momento preferido. Guardaba una provisión de té de hoja larga Orange Pekoe, importado especialmente de Ceilán, en una cajita de madera con un dragón estampado, y era muy preciso sobre el calentamiento de la tetera, la necesidad de dar a las hojas la oportunidad de expandirse en la calidez del interior y, una vez vertida el



agua hirviendo, el tiempo de reposo adecuado. Tras el té, en primavera y en verano, daba un paseo por la ciudad. A veces sus pasos le llevaban hasta el río, otras a los Jardines de Luxemburgo o al cementerio de Montparnasse, antaño conocido como el *Cimetière du Sud*, donde Baudelaire está enterrado. Si se sentía particularmente bien o especialmente atrevido cruzaba el río y deambulaba hasta la rue du Temple y el barrio judío o iba en autobús hasta el Pigalle y bajaba por la rue des Martyrs y el Boulevard Montmartre, atravesaba los pasajes cubiertos y salía a los jardines del Palais Royal, y de ahí al Louvre y de nuevo al río. Algunos domingos cogía el metro hasta el mercadillo de la Porte de Clignancourt y deambulaba por la extraña, irreal masa de casetas y tenderetes improvisados donde se podía adquirir cualquier cosa, desde chaquetas de cuero hasta tulipas art déco, enormes mesas de cocina que habían aguantado siglos en granjas normandas y ropajes ceremoniales de reyes africanos olvidados, y donde en una ocasión había visto a Benjamin Britten y Peter Pears examinando un gran lingam de caliza verde.

Siempre estaba de vuelta a las siete y media, hora de su reserva en un bistró cercano. Comía lo que le pusieran por delante y pagaba mensualmente sin jamás cuestionar el importe. Después